

ediciones
**IMAGO
MUNDI**



Marta **Philp**, María Silvia **Leoni**
y Daniel **Guzmán** (coords.)

Historiografía argentina

Modelo para armar

Historiografía argentina

MARTA PHILP, MARÍA SILVIA LEONI Y DANIEL GUZMÁN
(COORDINADORES)

Historiografía argentina

Modelo para armar

ediciones
**IMAGO
MUNDI**



Colección Bitácora Argentina
DIRIGIDA POR ALEJANDRO FALCO

Marta Philp, María Silvia Leoni y Daniel Guzmán (coordinadores)
Historiografía argentina. Modelo para armar 1a ed. Buenos Aires: 2022
564 p.; 15.5x23 cm. ISBN 978-950-793-386-8

1. Historia Argentina. I. Título

CDD 907.20982

Fecha de catalogación: 16/03/2022

© 2022, Marta Philp, María Silvia Leoni y Daniel Guzmán

© 2022, Ediciones Imago Mundi

Imagen de tapa: detalle de mural de Miguel Rep para La Casa del Bicentenario, año 2008

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 100 ejemplares

Cómo referenciar este libro con el estándar de Ediciones Imago Mundi.

PHILP, MARTA; MARÍA SILVIA LEONI Y DANIEL GUZMÁN

2021 (coords.), *Historiografía argentina. Modelo para armar*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor. Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril de 2022 en San Carlos Impresiones, Virrey Liniers 2203, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

Sumario

Itinerarios y razones de esta obra colectiva	
Marta Philp, María Silvia Leoni y Daniel Guzmán.	XIII
Parte 1 La escritura de la historia nacional desde Buenos Aires	
1 Los procesos de profesionalización e institucionalización de la historia en Buenos Aires. La construcción de un modelo historiográfico perdurable Martha Rodríguez	3
Parte 2 Desde el Centro del país	
2 Escritura de la historia, representaciones y usos del pasado en Córdoba Marta Philp y Eduardo Escudero	27
3 La escritura de la historia en Santa Fe. Federalismo e intereses regionales María Gabriela Micheletti y Renzo Sanfilippo	47
4 Escritura de la historia y profesionalización disciplinar en La Pampa: entre la construcción de un relato oficial fundacional y la conformación de un campo historiográfico (ca. 1918-1997) María Lanzillotta y Federico Martocci	69
Parte 3 Desde el Noroeste argentino	
5 La historiografía en Santiago del Estero: institucionalización, profesionalización y Juntas de historia provinciales en la primera mitad del siglo XX Daniel Guzmán	95
6 La historiografía jujeña y el relato histórico nacional Diego Citterio.	111

7	Proyectos de institucionalización de la historia y disputas historiográficas en torno a las construcciones del pasado. Salta, fines del siglo XIX, primera mitad del siglo XX Oswaldo Geres y Mercedes Quiñonez	131
8	La Sociedad Sarmiento y el Instituto de Estudios Históricos en los orígenes de la profesionalización de la disciplina en Tucumán (1882-1940) Marcela Vignoli	155
9	Los pasados fraguados a través de la historia escrita de Catamarca. Trayectorias hegemónicas y subalternas Jorge Alberto Perea y Manuel Fontenla	177
10	Historiografía riojana: de las pasiones del siglo XIX a la cordura y la exaltación del siglo XX Víctor Hugo Robledo	199
Parte 4 Desde el Litoral y el Noreste		
11	De los estudios biográficos a la historia provincial. Una historia de la historiografía correntina (1850-1945) Gabriela Quiñonez y Belén Montenegro	223
12	Historia, memorias e identidades en espacios subnacionales: los «historiadores entrerrianos» entre fines del siglo XIX y XX Darío Velázquez	243
13	¿Qué historia para el Chaco? Itinerarios de memoria, campo historiográfico e identidad regional María Silvia Leoni y Elías Zeitler	265
14	Representaciones y usos del pasado en la escritura de la historia. Formosa, desde mediados del siglo XX hasta los procesos de institucionalización Javier Kazmer y Javier Núñez	285
15	Los caminos de la historiografía en Misiones. Homenaje a Héctor Jaquet Esther Lucía Schvorer	307
Parte 5 Desde Cuyo		
16	Prácticas conmemorativas y relatos del pasado. La institucionalización de la historia en Mendoza, 1920-1950 Oriana Pelagatti	329

17	La construcción historiográfica en San Juan. Trayectos institucionales y estudios del pasado sanjuanino entre dos siglos (XIX-XX)	
	Fabiana A. Puebla	347
18	El ascenso del héroe. Historiografía y culto cívico de Juan Pascual Pringles en la provincia de San Luis (1895-1968)	
	Omar Samper	369
Parte 6 Desde el Sur del país		
19	Historia, memoria y política. La constitución de un campo historiográfico en la provincia de Neuquén	
	Norma Beatriz García y Pablo Scatizza	391
20	Memoria e identidad rionegrina. La profesionalización del saber histórico y la construcción historiográfica	
	Martha Ruffini y María Ytati Valle	411
21	La escritura de la historia en Chubut: la construcción de un pasado en la Patagonia central	
	Gabriel Carrizo y Guillermo Williams	431
22	Los escritos acerca de la historia de Santa Cruz y el impacto de la profesionalización en los estudios históricos	
	Juan Vilaboa y Graciela Ciselli	453
23	Hacer historia en el sur del Sur: investigación y escritura de la historia en Tierra del Fuego	
	Gabriela Fernández y Karín Otero	475
	Sobre las autoras y los autores	491
	Referencias	497
	Índice de autoras y autores	541

CAPÍTULO 7

Proyectos de institucionalización de la historia y disputas historiográficas en torno a las construcciones del pasado. Salta, fines del siglo XIX, primera mitad del siglo XX

OSVALDO GERES Y MERCEDES QUIÑONEZ*

Introducción

En este capítulo sobre la historia de la historiografía en la provincia de Salta nos proponemos problematizar la configuración del espacio historiográfico local a lo largo de más de un siglo, con el objetivo de establecer una periodización que otorgue inteligibilidad a los distintos momentos por los que atraviesa, prestando particular importancia al proceso de institucionalización de la historia. Un conjunto diverso de trabajos aborda temas y problemas historiográficos para el espacio local (Elbirt 2016; Marta Pérez y Correa 2006-2007; L. d. S. Sánchez 2015, 2019; Vázquez y Villagrán 2010) analizando autores o procesos puntuales, sin que contemos con una mirada más amplia y abarcativa que recupere las redes intelectuales de intercambio, las formas asociativas de producción y circulación, la coexistencia de diferentes instituciones, presentando en ocasiones un locus estabilizado, ausente de conflictividad y de los entrecruzamientos múltiples que suelen

* Este trabajo se realizó en el marco del Proyecto n.º 2512 del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Salta, radicado en el Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades.

caracterizar los ámbitos historiográficos que, sin terminar de profesionalizarse, muestran rasgos de fuerte dinamismo. La posibilidad de pensar la construcción historiográfica como tarea colectiva, de carácter multifacético y no lineal, resultó en algunos casos una empresa infructuosa.^[1]

El análisis del fuerte proceso de institucionalización de espacios intelectuales e historiográficos en la primera mitad del siglo XX implica mirar además los complejos procesos de elaboración de redes intelectuales locales y con otros historiadores e instituciones que operan en un espacio de escalas variables, articulando lo local, provincial y regional y tendiendo lazos que exceden los límites administrativos. La circulación de intelectuales, publicaciones, objetos culturales, el tráfico informativo que se articula a través de una densa red de correspondencias, las polémicas y las más variadas formas de difusión del conocimiento histórico aprovecha estos canales que no siempre se resuelven en una articulación lineal entre centros y periferias.

Por ello, proponemos una periodización, tentativa y provisoria, en el doble esfuerzo de no imprimirle una racionalidad externa a procesos complejos, cambiantes, pleno de vaivenes, y, además, elaborar algunos parámetros que nos permitan ordenar y otorgar inteligibilidad, es decir, coherencia interna y diferenciación externa, sin caer en una mirada teleológica. De esta manera, establecimos tres momentos. El primero abarca desde las décadas finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX, en donde el desafío consiste en poder caracterizar el momento a partir de ciertos elementos articuladores, superando el reconocimiento de autores, obras y desempeños particulares. Las reflexiones en torno a los intelectuales de provincia, elaboradas por Ana Teresa Martínez, nos permiten, por un lado, prestar atención a los intelectuales de los espacios provinciales que poseen una incidencia marginal en relación con los ámbitos consagrados del quehacer historiográfico; por el otro, captar las lógicas de movimiento de estos agentes que, encontrándose en situación de relativa desventaja por su

[1] Por otro lado, autores como Atilio Cornejo, Eulalia Figueroa y Armando Raúl Bazán trazan una genealogía que recupera dos hitos: la producción de Bernardo Frías y la creación del Instituto San Felipe y Santiago, invisibilizando así el proceso de institucionalización que se desarrolla en las primeras décadas del siglo XX. Un análisis de la construcción genealógica y la configuración del proceso de institucionalización historiográfica en la provincia de Salta puede verse en [Geres y M. Quiñonez \(2020\)](#).

localización, pueden intervenir a partir de la destreza en el uso de saberes adquiridos y validados por caminos alternativos o lugares sociales que no siempre son los que corresponden a los espacios centrales de poder (Martínez 2013a).

Esta categoría nos permite problematizar, a su vez, sus múltiples adscripciones, haciendo uso de un saber hacer que obtiene réditos de un capital inespecífico que los posiciona en el espacio social como sujetos polifacéticos, que se mueven más o menos cómodamente en distintos ámbitos que pueden ser culturales, del ejercicio de profesiones liberales o bien en el ámbito político en sentido amplio. Por otro lado, observar las distintas escalas en la que su actuación o desempeño puede ser estudiada, visualiza roles y posiciones múltiples en estructuras reticulares móviles y cambiantes en el tiempo.

Estos intelectuales se reconocen a sí mismos y son reconocidos por sus pares y por otros agentes del tejido social como historiadores. Esto nos lleva a considerar esta categoría como una categoría histórica que establece un proceso clasificatorio y de ordenamiento al interior de un campo cultural muy lábil y con límites aún no definidos. Y, si bien no son historiadores profesionales en sentido estricto, son parte de un universo relacional e intelectual que los identifica como tales y les otorga atributos específicos que los diferencian y, por lo tanto, es válido denominarlos así cuando el análisis se circunscribe a esa faceta de actuación.

Este desafío teórico de establecer un conjunto de historiadores, se complementa con el estudio de espacios de sociabilidad que articulan el primer y segundo momento, en tanto los cortes no son tajantes, coexistiendo en ambas etapas redes privadas y canales de circulación no institucionales a la par del surgimiento de institutos, juntas, bibliotecas, archivos, museos. Los intelectuales circulan por estos espacios sin que se generen efectos de exclusión o exclusividad. El concepto de sociabilidad se constituye con un perfil bifronte, es, a su vez, objeto de estudio y categoría útil para el análisis histórico (Caldo y S. Fernández 2008, pág. 145). La sociabilidad, en términos de Maurice Aghulon, también refiere a sistemas de relaciones no estrictamente pautados pero que generan vínculos y sentimientos de pertenencia y solidaridad recreadas en asociaciones formales- con atributos que las definen como tales- como así también situaciones de agrupamiento informal

como los cafés, las tabernas, los paseos públicos, etcétera.^[2] De este modo, en la segunda etapa, que establecimos entre 1915 y mediados el siglo XX, nos interesa caracterizar el surgimiento de algunas instituciones formales – como el Museo de Fomento, la Junta de Estudios Históricos y el Instituto San Felipe y Santiago – y la configuración de espacios informales como las Sociedades de Amigos. En ambos espacios – que guardan estrechos lazos de conexión entre sí – se va a producir un proceso de especialización de la actividad historiográfica, cuyos cultores, sin abandonar otros ámbitos de desempeño profesional o las actividades políticas, van a encontrar en la historia y en las nuevas preceptivas metodológicas, su campo específico de indagación.^[3] Estos intelectuales van a ser los artífices de la creación de las instituciones dedicadas al conocimiento histórico y van a disputar, desde diferentes pero muchas veces ambiguos lugares de producción, los significados sobre el pasado que – en tanto palabra autorizada – esgrimen esas instituciones.

Finalmente, es necesario identificar una tercera etapa que, si bien no desarrollaremos en este trabajo, presenta una serie de elementos que nos permiten caracterizarla como un momento de incipiente profesionalización,^[4] con los cambios en las lógicas de producción, resignificación y circulación intelectual que ello significa. El período

-
- [2] Las críticas que el concepto recibe sirven para que su autor lo reformule y remita exclusivamente a las asociaciones como formas de *sociabilité spécifiques* (Caldo y S. Fernández 2008, pág. 148). De esta manera, es posible utilizar el concepto siempre que refiera a una dinámica específica de lo relacional en la que las prácticas cobran sentido.
- [3] Es operativa la propuesta de Gabriel Samacá Alonso, quien sugiere que la categoría de sociabilidad resulta pertinente como una vía de reconstrucción de los procesos de institucionalización de la historia. Las instituciones historiográficas corresponden al tipo de sociabilidad formal que se constituye a partir de «un conjunto de prácticas como la reunión periódica de un grupo de individuos que asumen diferentes roles y tareas, la elección de dignatarios y empleados, la elaboración de reglamentos para regular la actividad cotidiana, la adquisición de una sede y el desarrollo de diferentes iniciativas públicas, entre ellas las editoriales» (Samacá Alonso 2019, pág. 398).
- [4] La profesionalización de la disciplina implica, por un lado, la posibilidad material de una dedicación exclusiva que permita, a su vez, la subsistencia material de los profesionales y que no sea ejercida ya como pasatiempo practicado por eruditos cultos; por otro lado, una serie de regulaciones en torno a su investigación y enseñanza en instituciones específicas, sometidas a reglas y controles académicos; y, finalmente, la distinción del análisis y el discurso sobre el pasado que realiza el historiador de otros discursos como el literario o el filosófico, a partir de la aplicación de un método propio (Cattaruzza 2018).

se abre a partir de la creación del Instituto de Humanidades, en cuyo seno funciona desde 1948 a 1950 el Ciclo Básico Universitario de Humanidades, con reconocimiento de la Universidad Nacional de Tucumán. Asimismo, entre 1951 y 1954, funciona, en el propio Instituto, la Escuela de Profesores Secundarios, clausurada tras un conflicto entre la Iglesia y el Gobierno de la Nación (Colmenares 1973, pág. 35). Estas instituciones tienen ya un carácter diferente, al ser espacios destinados a proveer títulos que habilitan para el desempeño de la docencia^[5] y que, a pesar de la convivencia en los espacios educativos y de formación, con otros intelectuales, delimitan progresivamente un campo de ejercicio profesional que adquiere premisas basadas en la titulación y ya no en el prestigio personal o la pertenencia social.

Intervenido el Instituto por el gobierno provincial, la Universidad Nacional de Tucumán crea en 1955, en Salta, el Departamento Universitario de Humanidades y Ciencias de la Educación, con las carreras de Profesorado Universitario en Historia, Letras, Pedagogía y Filosofía, con cinco años de duración.^[6] Este proceso de creación de instituciones destinadas específicamente a la formación de profesionales se completa con la creación de la Universidad Católica de Salta, en 1963, y de la Universidad Nacional de Salta, en 1972. En esta etapa, lejos de cumplirse una profesionalización completa del campo historiográfico, los ámbitos de formación profesional conviven, y en general disputan el monopolio de las representaciones del pasado local, con institutos dedicados a la promoción, publicación y difusión de conocimiento histórico y con intelectuales polifacéticos que cultivan su interés por la historia a la par del desempeño de otras actividades.

[5] Con un plan de estudios estructurado en cuatro años de duración, la Escuela de Profesores secundarios ofrece títulos de Profesor Secundario en Letras, Filosofía y Pedagogía, Ciencias Exactas y Aplicadas e Historia y Geografía. En 1950 se registran 154 inscriptos e inscriptas, entre los cuales 36 corresponden al Profesorado en Historia y Geografía. A partir de 1953 se gradúan de licenciados los promovidos del Ciclo Básico de Humanidades, dependiente de la Universidad Nacional de Tucumán: Fanny Osán, Elba Landívar, María Julia Cabral y Delia Dagún (Letras), Nelly Wierna y Luís Oscar Colmenares (Historia).

[6] En 1959 se gradúan Juan Garay y Olga Chiericotti de Profesores Universitarios en Historia, primeros profesionales de cursado íntegro de sus carreras en la provincia (Colmenares 1973, pág. 36).

Los primeros historiadores

En el terreno de la historia de la historiografía parece existir un consenso respecto a identificar el momento fundacional a partir de la publicación de las obras de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López en la segunda mitad del siglo XIX (Carbia 1940; Halperin Donghi 1980). Sin embargo, Gustavo Prado advierte que no es posible pensar la existencia del campo historiográfico exclusivamente a partir de la publicación de una obra y que es necesario problematizar su autonomía en relación con el campo de las letras o el periodismo (1999). A pesar de estas advertencias, la aparición de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* de Mitre, así como las polémicas que desata, configura un momento crucial en la construcción de parámetros científicos para la Historia.^[7]

Más allá de las valoraciones, intereses y polémicas que suscita esta obra, es necesario reconocer que interpela las interpretaciones que distintos grupos elaboran sobre el pasado. Los historiadores de las provincias no van a quedar ajenos a una obra que construye y consolida una visión de la historia nacional que jerarquiza, incluye y excluye procesos, personajes, hechos y acontecimientos. En la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, con cronologías variables e intereses particulares, se desarrolla en los espacios provinciales un proceso de elaboración y publicación de narrativas de carácter histórico que tienen como referencia la obra de Mitre y que, en general, rescatan y revalorizan el aporte de las provincias, y en particular de sus elites dirigentes, en el proceso de emancipación y posterior organización de la nación.

Pero los historiadores provinciales no van simplemente a responder a los impulsos de obras, historiadores o instituciones que reclaman para sí un carácter «nacional». Por el contrario, en las provincias existen espacios de producción cultural e intereses específicos de sus intelectuales por elaborar una narración del pasado local. En esa tensión entre producciones que asumen tanto un carácter científico como una

[7] Prado sostiene que la obra de Mitre generó una serie de reacciones y polémicas al calor de las cuales se fueron forjando criterios intersubjetivos para la disciplina, surgieron vocaciones y se conformó un público. Del debate con López queda claro que un criterio de legitimación del conocimiento histórico es la referencia documental, es decir, pruebas que tornan verosímil y exacto el relato histórico (Prado 1999, págs. 52 y 66-67).

dimensión nacional de sus narrativas y las múltiples actividades vinculadas al más amplio espacio de la cultura en el plano local, es posible comenzar a caracterizar esta etapa. Las condiciones contextuales se van a definir en relación con dos procesos. Por un lado, la publicación de obras históricas por parte de intelectuales locales y, por otro lado, el desarrollo de una sociabilidad intelectual local. Sin limitarnos, entonces, a visiones progresivas o genealógicas, interesa presentar y articular algunos elementos posibles para caracterizar a los primeros historiadores en la provincia de Salta.

Una primera aproximación nos permite identificarlos como miembros de la élite local.^[8] Esta situación social y económica les posibilita, por un lado, el acceso a educación superior, a bibliotecas familiares o de instituciones religiosas, a vínculos con intelectuales locales y de otras provincias, todos rasgos propios de su condición y signos diferenciadores de las elites. Por otro lado, les posibilita acceder a documentación familiar o de familias allegadas que, dada la reconocida afición de estos intelectuales por la historia, ceden cartas, memorias, e incluso papeles oficiales que obran en su poder, en la expectativa de formar parte de estas historias que reivindican el accionar de estas familias en el pasado, legitimando y consagrando a su vez la preeminencia y el prestigio social en su presente.^[9] Así también esta pertenencia forja una serie de acuerdos interpretativos implícitos. Las diferencias políticas o la valoración de la participación familiar en los procesos históricos, generan polémicas en distintos momentos, pero todas las obras parten de retratar una Salta estructurada en base a una diferencia y una distancia social que ninguno cuestiona y que constituye casi un «sentido común» interpretativo en esta etapa. Por otro lado, el desahogo económico que otorga la riqueza familiar o los ingresos generados en otros ámbitos le asegura la dedicación a la escritura sin mayores apremios.

Es sintomática de este momento historiográfico la producción de textos históricos a la par del desempeño en paralelo de actividades

[8] Pertenecientes a familias de grandes propietarios y con relevante actuación en el ámbito político, como Arturo León Dávalos Isasmendi. O bien, miembros de familias que deben sus fortunas a las actividades comerciales como Manuel Solá Chavarría o Juan Martín Leguizamón.

[9] Buchbinder analiza la circulación de documentación, libros, manuscritos para el caso de Buenos Aires y la configuración de grandes archivos y colecciones privadas (Buchbinder 1996).

profesionales o bien de cargos en el poder judicial,^[10] en el legislativo^[11] y en el ejecutivo.^[12] Interesa señalar el desempeño de varios de estos historiadores en el ámbito educativo, particularmente en la organización de la administración escolar.^[13] Estas actividades se complementan con la creación de instituciones dedicadas o vinculadas a la enseñanza^[14] y con el ejercicio de la docencia, particularmente en el Colegio Nacional.^[15]

Este perfil polifacético de los intelectuales nos permite visualizar cómo, a partir de la posesión de capitales múltiples y el desempeño en variados ámbitos, construyen un prestigio personal que se retroalimenta con la publicación y circulación de sus obras (Martínez 2013a). En este momento, en el cual no se encuentran consolidadas las reglas metodológicas de la disciplina y que además estas no son exigidas

-
- [10] Arturo León Dávalos (1851-1900) es abogado, ejerce su profesión tanto en el ámbito privado como en el público, llegando a ocupar la presidencia de la Corte Suprema de Justicia de Salta. Bernardo Frías (1866-1930) es abogado y doctor en Jurisprudencia, en distintas oportunidades es miembro de la Cámara de Justicia de Salta y en 1919 preside el Superior Tribunal de Justicia. Los datos biográficos de los autores están tomados de Cutolo (1969-1985) y Figueroa (1980).
- [11] Tanto Dávalos como Frías integran la Legislatura provincial. Juan Martín Leguizamón (1833-1881) también es electo en diferentes oportunidades como diputado y senador provincial, llegando a ocupar la presidencia de la Cámara de Senadores. En 1880 es elegido senador nacional por la provincia de Salta.
- [12] Los autores del período se desempeñan en diferentes momentos como ministros en el gobierno provincial o como titulares en organismos como la Contaduría de Rentas o la administración de Correos. En ocasiones ejercen en forma interina la gobernación o bien se desempeñan como intendentes de la ciudad capital.
- [13] Es posible destacar la trayectoria de Juan Martín Leguizamón, autor de la ley de Educación Común de la provincia (1872), la cual crea el Consejo de Educación del cual será su primer presidente. En otras oportunidades desempeñan este mismo cargo Manuel Solá y Arturo León Dávalos.
- [14] Manuel Solá (1937-1907) fue creador de dos instituciones para varones en Salta capital, las escuelas Benjamín Zorrilla y Mariano Cabezón. Leguizamón impulsa y apoya la construcción de la Escuela Normal de Salta y de la Biblioteca Pública de la provincia, a partir de la donación de su biblioteca personal.
- [15] El Colegio Nacional de Salta es fundado en 1864, en el marco del proceso de organización de estas instituciones educativas a nivel nacional, pero en articulación con el espacio intelectual local y los intereses de las élites dirigentes locales. Arturo León Dávalos dictó las cátedras de Historia, Filosofía y Literatura, mientras que Bernardo Frías impartió Historia y Educación Cívica. Es allí donde Frías conoce a Atilio Cornejo, quien será el encargado de canonizar a Frías como padre de la historiografía salteña.

para la elaboración de obras que se reconocen como históricas, el nombre propio y la trayectoria personal funcionan como fuente de legitimación (Buchbinder 1996). Es posible preguntarnos entonces cómo, en el ámbito local, al interior de un entramado de autores y obras que funciona y se reproduce sin la necesidad de estas reglas, se generan e imponen una serie de parámetros que especializan la tarea historiográfica y construyen un espacio contradictorio y complejo que delimita progresivamente quienes pueden seguir reconociéndose y siendo reconocidos como historiadores y quienes no.

Como sostiene Prado (2019), el papel del Estado es central en el impulso de estructuración del «campo» y de las reglas metodológicas para la elaboración de narrativas que a su vez contribuyan a la consolidación de los estados. Así, a partir del problema de límites jurisdiccionales se torna necesaria la presencia de historiadores que elaboren informes en los que puedan aportar «pruebas» históricas que validen los reclamos sobre el territorio. Distintas convocatorias generan una serie de escritos en los cuales se realiza una significativa tarea de rescate documental,^[16] tanto en archivos públicos como privados,^[17] que se complementan con la publicación de obras que recopilan documentos específicamente sobre cuestiones limítrofes.^[18] Esta tarea es importante también en el reconocimiento de la centralidad de los archivos históricos en el desarrollo de la disciplina como de los renovados requisitos metodológicos de la investigación y de la escritura de la historia hacia fines del siglo XIX.^[19] Algunos de estos intelectuales se desempeñan también en archivos y bibliotecas y como

-
- [16] En 1888 Manuel Solá y Juan Tomás Frías elevan el informe titulado *Límites generales de la provincia de Salta*. Dos años más tarde, una nueva comisión presidida por Bernardo Frías, recopila más de treinta mil documentos desde la colonia hasta 1860.
- [17] Frías revisa documentación referida al Departamento Ejecutivo, al Poder Judicial, *Libros de Actas* de la Honorable Junta de Representantes, *Libros Capitulares* del Cabildo de Salta, pero también archivos privados como los de Mariano Zorreguieta.
- [18] Como *Cuestión de límites entre Argentina y Chile* (1875) y *Derechos Argentinos a la Patagonia* (1876) de Juan M. Leguizamón, quien además publica también varios textos sobre los límites con Bolivia y sobre los derechos de la provincia sobre el Chaco Gualamba.
- [19] Bernardo Frías es crítico con el trabajo de quienes le precedieron en los informes sobre límites, advirtiendo que adolecen del *defecto capital* de no indicar el lugar en el que se encuentran los documentos originales, únicos que tienen valor (*Ejército Argentino 1950*, págs. 340-341).

fruto de ese trabajo realizan distintas publicaciones documentales^[20] mientras que otros canalizan sus preocupaciones en la generación de testimonios orales y en la normativización de los relatos sobre ciertos procesos del pasado local.^[21]

Los intereses temáticos de los intelectuales salteños configuran otro eje posible de indagación y de referencia. Un interés temprano y sostenido en el tiempo lo constituyen los trabajos arqueológicos que permiten el rescate y recolección de piezas particularmente en los valles Calchaquíes.^[22] Así también, la historización del espacio eclesiástico y de las devociones, en especial la del Señor y la Virgen del Milagro, componen un renglón central en los intereses locales tanto para los intelectuales que pertenecen a la Iglesia Católica como para los que no.^[23] La construcción de una tradición religiosa configura además uno de los tópicos desde los cuales se elaboran procesos identitarios locales.^[24]

-
- [20] Es el caso de Francisco Centeno (1862-1944), quien realiza parte de su trayectoria en la Biblioteca de la Cancillería y publica varias obras de recopilación y transcripción documental. Su afán por dar a conocer dichos papeles nos habla de una conciencia por preservar la memoria y construir una historia en base a regulaciones disciplinares que sin duda conoce, sea por sus vínculos intelectuales como por su dilatada presencia en Buenos Aires. Un análisis sobre Centeno y la obra *Virutas Históricas* en [Elbirt \(2016\)](#).
- [21] Es interesante la figura del sacerdote e historiador Julián Toscano quien, dado que los archivos del obispado local adolecen de «inmensas lagunas», emprende la tarea de recuperación de testimonios orales, particularmente para la reconstrucción de los procesos devocionales, lo que permite, además, elaborar un marco interpretativo delimitado y controlado por los propios sacerdotes ([Chaile y M. Quiñonez 2011](#), pág. 114).
- [22] Leguizamón inicia, desde 1853, el estudio de restos fósiles en la provincia, pero también indagaciones de corte antropológico que le permiten ensayar una crítica a la teoría de Darwin, en un trabajo que obtiene un premio internacional en un certamen organizado por la Sociedad de Antropología de París en 1877.
- [23] En 1901 Julián Toscano publica *Historia de las imágenes del Señor del Milagro y de N. Señora la Virgen del Milagro que se veneran en la Catedral de Salta*. Ya en 1892 Mariano Zorreguieta publica *Tradición histórica del Señor y Virgen del Milagro que se veneran en la Iglesia Catedral de Salta*.
- [24] La noción de tradición de R. Williams refiere a otra forma de representación del pasado, «que pretende conectar con el presente» y que forma parte de los sistemas de dominación y, como tal, de procesos de selección, ocultación y apropiación. Toscano y otros sacerdotes comparten la preocupación por metodizar algunas tradiciones, elaborar narrativas y ordenadas y regular algunas fechas conmemorativas del calendario religioso local ([Chaile y M. Quiñonez 2011](#), págs. 109 y 120).

Otra temática central, que con el paso de las décadas se constituye en el elemento programático más definitorio para una parte de la historiografía salteña, es la figura de Martín Miguel de Güemes. Bernardo Frías es su principal historiador y uno de los pilares en la construcción heroica de Güemes y su posicionamiento como símbolo de la salteñidad.^[25] La obra principal de Frías *Historia del general Martín Güemes y de la provincia de Salta o sea de la independencia argentina*^[26] cumple con el doble propósito de convertir a Güemes en el máximo héroe local y el de inscribir la historia de Salta en las narrativas nacionales. La obra, como su autor, tiene reconocimiento y difusión a nivel local y nacional (Chañe y M. Quiñonez 2011) y constituye un punto de inflexión en las polémicas y revisiones sobre Güemes, entre la figura del caudillo y la de héroe de la independencia. La visión de Frías va a teñir la historiografía posterior la cual va a profundizar, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, los estudios en torno a su figura, conformando un núcleo duro de estudios güemesianos que a veces obturó la posibilidad de indagación de otras temáticas y, por otro lado, la construcción de Frías como el máximo referente de la historiografía local le imprimió al espacio historiográfico una homogeneidad que no tenía.

Devolver a esta etapa su dimensión colectiva permite entender el desarrollo historiográfico en otra escala. Los espacios de sociabilidad locales configuran otro lente para estudiar las prácticas culturales y las específicamente intelectuales en este período y, a su vez, establecen un puente con otras instituciones más formalizadas que aparecen en las primeras décadas del siglo XX. En un momento en el cual no hay instituciones comunes que nucleen a los intelectuales a partir de ciertas reglas y lazos de pertenencia, las redes y círculos propios de las elites se imponen como lugares de sociabilidad intelectual (Buchbinder 1996; Prado 1999). Para el caso salteño, una exhaustiva cartografía permite identificar una multiplicidad de asociaciones culturales, educativas, recreativas y patrióticas, en un espacio asociativo que se caracteriza

[25] Villagrán estudia el proceso de heroización de Güemes a partir de distintos registros que incluyen la obra de Frías, literatura local y nacional, como el proceso de monumentalización y los rituales que se establecen para cada aniversario de su muerte (Villagrán 2012).

[26] El primer tomo de la obra aparece en 1902, el tomo II se edita en 1907 y el último tomo data del año 1911. La obra completa – en seis tomos – se reeditó en 1971 y 2018.

por vínculos con las instituciones estatales.^[27] Distintas experiencias empiezan a delimitar un incipiente espacio de sociabilidad intelectual, como por ejemplo el Club de Lectura y Recreo, fundado en 1857 por un grupo de comerciantes, abogados y médicos, y, posteriormente, la Asociación Biblioteca Popular, el Ateneo salteño y la Asociación científico literaria (Quinteros 2020). La presencia de extranjeros no es menor al interior de estas asociaciones, muchos de ellos con títulos profesionales y con vínculos con el estado o con familias de la elite local, esgrimen su formación y prestigio académico como capital que les permite integrarse a estos círculos. La discusión y el debate asumen un carácter cada vez más público, principalmente a través de la circulación en la prensa de ensayos y polémicas, práctica que se mantendrá en vigencia durante la primera mitad del siglo XX, en un momento de crecimiento y diversificación de los periódicos locales.

En la trayectoria del grupo de intelectuales que estructura y participa de estas asociaciones observamos que se encuentran vinculados al Colegio Nacional, reciben su primera formación allí y luego realizan recorridos diversos entre los cuales su estadía en Buenos Aires les permite acumular una cuota de capital simbólico necesaria para fortalecer su presencia en el ámbito local. Como vimos, algunos intelectuales ejercen la docencia en esta institución y sus salones también constituyen puntos de reunión. Es, sin duda, el Colegio Nacional una institución que conjuga y permite el desarrollo de intereses tanto educativos como intelectuales y se perfila en la larga duración como un ámbito decisivo en el proceso de especialización de la ciencia histórica en la provincia.

Estos espacios asociativos sostuvieron un plano de actividad pública y colectiva que se diferencia de la actividad intelectual solitaria de escritura y esta sociabilidad intelectual resulta central para que un conjunto diverso de hombres dedicados al quehacer historiográfico comience a articular un conjunto de instituciones que irán fijando determinados sentidos sobre el trabajo del historiador y los usos del pasado.

[27] No incluimos en el análisis un extenso conjunto de asociaciones de corte benéfico o caritativo, centrándonos específicamente en las vinculadas al ámbito cultural y promovidas por miembros de la élite.

El proceso de institucionalización de la historia

Es a principios del siglo XX cuando se observan cambios significativos en las lógicas asociativas de la elite local, con un viraje de una sociabilidad constituida por asociaciones de tipo informal a asociaciones formales o especializadas, dotadas de un cuerpo de estatutos, comisiones directivas, espacios de reunión y publicaciones específicas, si bien – como señala **Agulhon (2009, pág. 112)**, para el caso francés – las diferenciaciones entre estos tipos de asociacionismo no son absolutas. A partir de 1915, la puesta en marcha y funcionamiento de la Sociedad de Fomento Unión Salteña y su Museo Provincial de Fomento delimita incipientemente un espacio intelectual que va especializándose en diversas ramas del saber y agrupando actores e intereses que coinciden en sus objetivos. Al igual que en otras provincias, la actividad historiográfica comienza a formalizarse e institucionalizarse, proceso que se acelera a partir de 1930.^[28] Dos instituciones se erigen en estos años como los espacios de congregación de los estudiosos del pasado: la Junta de Estudios Históricos y el Instituto San Felipe y Santiago de Estudios Históricos, ambos fundados en 1937.

El Museo de Fomento surge como una instancia de carácter mixto, que conjuga, por un lado, la promoción de la economía provincial y las potencialidades de su suelo y, por otro, el estudio de diversas áreas de conocimiento sistematizadas y ordenadas en «secciones» de estudio específicas. Es la conjunción de intereses entre el geólogo danés Christian Nelson^[29] y el comerciante y político salteño Agustín Usandivaras^[30] la que permite la articulación de intereses en la conformación de la Sociedad de Fomento, espacio que concentra el esfuerzo cooperativo de sus miembros para la concreción del proyecto. Su creación se enmarca

[28] **Escudero (2020)** realiza un estado de la cuestión sobre las instituciones dedicadas a la historia en las diferentes provincias. Para el caso de Salta véase **Geres y M. Quiñonez (2020)**.

[29] Graduado de ingeniero geólogo en 1891, se especializa en ciencias naturales, química, industria y mineralogía en la Universidad de Múnich. Es miembro de diferentes asociaciones científicas europeas. Recorre diversas ciudades argentinas, intentando crear instituciones de fomento, sin mayores éxitos. En 1915 es designado organizador honorario del Museo Provincial de Fomento de Salta y se mantiene en su dirección durante 30 años.

[30] Agustín Usandivaras es por entonces un joven político local que ocupa la Intendencia de la ciudad de Salta en dos períodos consecutivos, durante las gobernaciones de Abelino Figueroa (1910-1913) y Robustiano Patrón Costas (1913-1916).

en una lógica más amplia de fundación de museos provinciales y regionales que se produce en las primeras décadas del siglo XX (S. García 2011). Estas instituciones están gerenciadas, en la mayoría de los casos, por un complejo conjunto de intelectuales de provincia y productores culturales que circulan en una «zona gris» de entrecruzamiento entre las prácticas científicas profesionales y las amateurs y el Estado y el espacio privado (Pupio y Piantoni 2018, pág. 102).

El seguimiento de la correspondencia de los miembros del museo, permite dimensionar una densa red de intercambio intelectual hacia dentro de la institución y con instituciones foráneas, en un espacio reticular que incluye a otros museos establecidos en las provincias de la región, los centros metropolitanos o países limítrofes.^[31] La amistad que Nelson consolida con Carlos Reyes Gajardo^[32] resulta en este sentido ilustrativa. Este es, al momento de radicarse en Salta, párroco del pueblo de San Carlos, pero desarrolla una activa participación en diversos espacios de producción intelectual. Esto permite, por un lado, un suministro constante de objetos materiales que obtiene en sus trabajos de excavación o por donación de particulares, fotografías sobre sitios arqueológicos, arte rupestre, datos históricos e información sobre asuntos diversos.^[33] Es así cómo se constituye una importante biblioteca con escritos «regionales», una colección de minerales y piezas arqueológicas y una «recopilación de los mejores escritos del pasado». Enfocado en acciones productivistas, por un lado, y con una vocación historiográfica que busca «la consolidación de una nacionalidad definida»,^[34] por el otro, el museo se instituye con un sentido bifronte.

[31] La documentación consultada en el Archivo del Museo Histórico de la UNSa, Colección Nicolás Vistas (en adelante AMHUNSa, CNV) y la Hemeroteca de la Biblioteca Central de la Facultad de Humanidades (en adelante HBCFH, UNSa), da cuenta de un fluido tráfico de bienes arqueológicos, suministro de datos y consultas entre miembros de diversas asociaciones, tanto de la Argentina como de Bolivia y Perú.

[32] Reyes Gajardo (Angol, Chile, 1901-Tafí, Tucumán, 1967) es miembro de la Asociación Argentina de Estudios Históricos de Buenos Aires y de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán. Más tarde forma parte del Instituto San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta.

[33] HBCFH-UNSa, caja. s/t, carta de Carlos Reyes Gajardo a Cristian Nelson, San Carlos-Salta, 1937; AMHUNSa, CNV, carpeta 11, carta de Cristian Nelson al presbítero Carlos reyes, Salta 1936.

[34] HBCFH, UNSa, caja. s/t, reunión de historia: Museo Provincial de Fomento, por Roberto Escudero Gorriti, 1938, f.5.

Es en la institucionalización y consolidación del museo donde advertimos el inicio de un creciente proceso de especialización disciplinar. A la primigenia convivencia entre los estudios históricos y los literarios, en la Sección Artes y Letras, le sucede la lenta definición de un área específica de trabajo historiográfico. En ese marco, el impulso de los intelectuales que, como Cristian Nelson y Carlos Gregorio Romero Sosa,^[35] encuentran en el pasado local una fuente significativa para delimitar un campo de acción específico y singular, permite proyectar una Sección de Historia que se suma a las ya existentes en el Museo, pero diferenciándose en cierta especificidad.

Esta sección reúne a intelectuales con diferentes grados de especialización profesional, muchos de ellos abocados a la docencia en instituciones educativas, abogados, ingenieros, militares y miembros del clero secular y regular.^[36] Algunos de estos forman parte de la Sociedad Amigos del Arte y de la Sociedad Amigos de la Historia. Estas asociaciones disponen, a diferencia de las posteriores, de una organización sin distinciones verticalistas de carácter rígido, integradas por estudiantes del Colegio Nacional o jóvenes interesados en la Historia y la cultura, que cuentan con el patrocinio de algunos historiadores que se desempeñan como profesores en este espacio o que se encuentran vinculados a las discusiones de sus cátedras.^[37]

[35] Carlos Gregorio Romero Sosa (Salta, 1916-2001) cursa sus primeros estudios en Salta, para trasladarse luego a Tucumán. Trascurre su juventud entre Salta y Buenos Aires, donde ingresa en 1939 a la Facultad de Filosofía y Letras. Se desempeña desde 1939 como secretario del senador Carlos Serrey, desempeñando posteriormente como jefe de la Biblioteca del Ministerio de Trabajo de la Nación y jefe de la Sección Archivo y Documentos de la Biblioteca del Congreso de la Nación.

[36] Entre los miembros de la Sección Historia encontramos, además de a Cristian Nelson, a Miguél Ángel Vergara, Ernesto Miguel Aráoz, Atilio Cornejo, Josué Gorriti, Elio Alderete, Carlos Reyes Gajardo, Pedro Podestá, Ramón Escala, Carlos Saravia, Juan Arias Uriburu, Fray Rafael Gobelli, Ernesto Saravia Usandivaras, Bernardo Guzmán, Vicente Arias, Juan Gudiño, Policarpo Romero, Tomás Igarzabal, Vicente Robin, Moises Zevi, Agustín Rojas, José María Zambrano, Víctor Zambrano, Rafael Gómez, Leandro Fernández Arregui, Carlos Napoleón Benedicto, Agustín Rojas, Cesar Alderete, José Gallardo, José Dión Soliveréz, Arturo Torino, Santiago Salinas, Carlos Serrey, David Saravia Castro, Rafael Sosa, Fray Alonso de la Sagrada Familia y a Carlos Romero Sosa.

[37] La Sociedad Amigos de la Historia funciona desde 1934, fundada por Carlos Gregorio Romero Sosa y Carlos Reyes Gajardo. El grupo cuenta con el apoyo de Vicente Arias, Alberto Álvarez Tamayo y Julio Campero, figuras importantes del espacio cultural, y busca la promoción de la investigación histórica, el rescate del pasado local en espacios del interior provincial y la clasificación de

Algunos de los integrantes de la Sociedad Amigos de la Historia y de la Sección Historia del Museo de Fomento crean, en 1937, la Junta de Estudios Históricos de Salta. Los jóvenes de la Sociedad conforman luego el «Cuerpo de Ayudantes» de la Junta, donde tempranamente sobresale la figura de Romero Sosa, quien ocupa un lugar de preeminencia como secretario y luego presidente. Las actividades de la Junta apuntan sobre diferentes frentes de acción: en el ámbito educativo, con la posibilidad de repensar el lugar de la enseñanza de la historia; en la sede del museo, con la generación de un espacio y un público consumidor de contenidos históricos a los que llegar mediante conferencias y exposiciones; en la comunicación, mediante la radiofonía y la prensa; en el plano heurístico, mediante la clasificación inicial de documentación histórica con miras al futuro ordenamiento del Archivo Histórico de Salta. En el espacio público, su actuación se concentra en la organización de actos conmemorativos y proyectos de monumentalización elevados al Consejo Deliberante de la ciudad. Por último, la publicación de folletos, opúsculos y libros de historia bajo el sello de La Unión Salteña constituye otro de sus objetivos.

El evento de mayor envergadura llevado adelante por la Junta es, sin dudas, la Primera Reunión de Estudios Históricos del Norte, que se concreta en 1938, y cuenta con expositores y apoyo de instituciones de diferentes puntos del país. Esta se configura como un índice de la densidad de las tramas relacionales que estructuran el espacio historiográfico y un termómetro de la algidez de las polémicas y tensiones del espacio en formación. Son estas tramas las que trazan un escenario institucional para la discusión, formada por agentes intelectuales de diverso orden y un público que se interesa de manera creciente por estas discusiones. Son los congresos, además, una de las dimensiones del espacio historiográfico donde se dirimen las rispideces en torno a la definición de los sujetos de la historia, los procesos conmemorativos y su densidad política (Escudero 2017b; Tedeschi 2004).

La Primera Reunión de Estudios Históricos del Norte se enmarca en una serie más amplia de intentos provinciales de posicionar su

archivos privados. Ordenan los archivos de Álvarez Tamayo, Lucio Matorras, Miguel Gorriti, Nicolás Arias Fleming, Zenón Arias Royo, Calixto Linares Fowlis, María Torres Frías, monseñor José Gregorio Romero y Juárez, de la familia Dávalos, el de Juan de Dios Serrano, José María Todd, entre otros (Canter 1946, pág. 31).

pasado histórico en el relato de una historia nacional.^[38] Estos eventos funcionan como entretelón y ensayo en la construcción de vínculos más aceitados con las corporaciones historiográficas radicadas en Buenos Aires y en el tejido de redes de conexión con instituciones especializadas de otras provincias, conexiones que no siempre hacen de la relación centro-periferia su principal preocupación, aun cuando la lógica del reconocimiento mutuo requiera el aval de centros de producción hegemónicos.^[39] Christian Nelson y Carlos Gregorio Romero Sosa operan estratégicamente, durante los meses previos al encuentro, elevando diversas cartas y telegramas para conseguir la adhesión institucional de espacios de reconocida trayectoria cultural e historiográfica.^[40]

El esfuerzo realizado por los miembros de la Junta significa el puntapié inicial para la concreción de una historia argentina, que consideran incompleta, al no incluir el aporte de las provincias en la construcción de la nación. El material reunido mediante la compilación de los trabajos presentados en el cónclave, así como la sistematización del material estadístico e histórico en el que la Sección de Historia se encuentra trabajando, deben conformar la base sobre la cual estructurar una *Historia del Norte argentino*. En otros documentos se menciona la preparación de una *Memoria descriptiva de Salta* que complete la que publica Manuel Solá en 1889.^[41] Este proyecto, de claro tono

[38] Las juntas de estudios históricos de Mendoza y Santa Fe organizan, en 1937 y 1938, el Congreso de Historia de Cuyo, celebrado en Mendoza y las Jornadas de Estudios Históricos sobre el Brigadier Estanislao López realizada en Santa Fe, respectivamente. En 1941, Córdoba concreta el Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro y Catamarca el Primer Congreso de Historia de Catamarca en 1951.

[39] HBCFH, UNSA, carpeta s/t: carta del presidente de la Sociedad de Historia Argentina, Narciso Binayán, a Cristian Nelson, 1938.

[40] Entre la nómina de adherentes y participantes, se encuentran el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de Tucumán, la Asociación Argentina de Estudios Históricos de Buenos Aires, la Academia Nacional de la Historia, la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe, la Junta de Estudios Históricos de San Juan, la Junta de Estudios Históricos de Catamarca, la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, el Consejo General de Educación de la Provincia de Salta, el Archivo General de la Nación, el Instituto de San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta, el Centro de Estudios Históricos de la Universidad de La Plata y el Cicle Box Salta, entre otros.

[41] La *Memoria descriptiva de la Provincia de Salta* es resultado del encargo del gobierno de la provincia para ser enviada a la Exposición de París, abarca

reivindicatorio y de fomento, se ajusta al proyecto inicial establecido por la Sección Historia y de la Junta de Estudios Históricos, interés compartido con el gobierno provincial, que subvenciona parte de los gastos.

El análisis sobre la organización de la Reunión, en la que se exponen 112 trabajos e interactúan 52 expositores agrupados en 13 mesas temáticas, revela la convivencia de notables, productores culturales e intelectuales que se encuentran en un *locus* todavía ambiguo, donde continúan jugando un rol importante el apellido, la identidad social o las pertenencias a ramas profesionales que permiten el ejercicio de la lectura y la escritura. Historiadores como Enrique de Gandía, José Torre Revelo o el propio Romero Sosa y Atilio Cornejo, comparten mesas temáticas con autores de glosas históricas, tradiciones, reminiscencias, descripciones de viajes y cancioneros populares. Resulta interesante, en este sentido, retomar las consideraciones de Martínez (2013a, pág. 117), para quien las redes de circulación por las que deambularon los intelectuales de provincia se encuentran en un constante entrecruzamiento, permitiendo circuitos y regiones de intercambio según lógicas diversas.

Es posible identificar en el encuentro, por un lado, una mirada cronológica que parte desde los estudios arqueológicos en la región, para luego abordar específicamente el período colonial. Sin embargo, el mayor porcentaje de las mesas temáticas se organiza aún bajo una mirada clasificatoria, tanto de interés historiográfico como de interés para la provincia y su desarrollo agropecuario, comunicacional, productivo, entre otros.^[42] Por otro lado, el análisis del programa permite caracterizar la confluencia entre intereses historiográficos y participantes. Así, los referentes de las instituciones de carácter nacional radicadas en Buenos Aires o con fuertes vinculaciones con los

desde los «límites de hecho y de derecho» con la República de Bolivia y con las provincias vecinas y recopila los más minuciosos datos estadísticos de todo orden.

[42] Es significativa, en este sentido, la mesa «Historia agropecuaria-industrial-vial-comercial», donde se exponen trabajos sobre economía social, la industria del algodón, la industria azucarera, la industria harinera, la explotación forestal, las conexiones viales y minería, entre otros temas. HBCFH, UNSa, carpeta s/t, programa de la Primera Reunión de Estudios Históricos del Norte, 1938.

principales centros de producción,^[43] presentan trabajos de corte biográfico, focalizados espacialmente en el Río de la Plata, mayormente en la mesa de historia colonial. Las mesas que presentan un mayor corte regional entre sus participantes son la de pre y proto historia, en la cual el espacio calchaquí aparece como tema casi excluyente; la mesa de historia religiosa, en la que se destaca la presencia de Miguel Ángel Vergara y sus estudios sobre Jujuy; y la mesa de historia política, donde se presentan trabajos vinculados a algunos personajes como Mitre, Urquiza, Sarmiento, Gorriti o Ibarra. Se destacan también en esta mesa los estudios en torno a los vínculos entre Salta y Santa Fe y la figura de Estanislao López, realizados por Cristian Nelson y Gregorio Romero Sosa.

Un aspecto singular de los trabajos presentados refiere a la profusión de monografías sobre José Ignacio Gorriti, militar de la guerra de independencia y gobernador de la provincia en la década de 1820. El panorama se completa con el análisis sobre otras figuras de la guerra de independencia como Eustaquio Moldes y Rudecindo Alvarado. Solamente dos trabajos refieren a los gauchos de Salta y al «ejército gaucho» y ninguno de los 112 trabajos presentados refiere específicamente a la figura de Martín Miguel de Güemes en su actuación militar en las guerras de independencia o en su faz civil como gobernador de la provincia. Resulta llamativa esta ausencia de referencias a quien sería con el tiempo la figura central del panteón de héroes locales y en torno a cuya figura se realizan grandes esfuerzos historiográficos, como la obra de Bernardo Frías, y políticos, mediante el aparato conmemorativo y monumental (Villagrán 2012).

Sin embargo, pese a esta ausencia, la obra de Frías constituye sin dudas un texto de lectura e interpelación a los historiadores salteños de entreguerras, no carente de tensiones y polémicas, como se evidencia en la correspondencia entre los miembros de la Junta. Es Vicente Arias, quien desde el espacio del Colegio Nacional y la Sociedad Amigos de la Historia, insiste en una necesaria revisión de su *Historia del General Güemes*, aún sin desconocer los méritos de esta obra.^[44] Romero Sosa sostiene, años más tarde, haciéndose eco de estas propuestas, que la

[43] La reunión moviliza a integrantes de la Academia Nacional de la Historia, la Junta de Estudios Eclesiásticos y algunas instituciones extranjeras. De estas últimas participan José María Ots y el chileno Tomás Thayer Ojeda.

[44] En esa crítica parece influir el hecho de ser descendiente de Arias Velázquez, ministro de Güemes fustigado por Frías; una crítica similar a la de Casimiro Gasteaburu, quien reclama el papel otorgado a sus antepasados, cuya actuación

labor historiográfica de Frías se reduce a salvar un gran número de tradiciones y a reunir las sin selección ni crítica, con cierto abuso de las fuentes orales «apasionadas casi todas». Su trabajo implica, así, un relato de la historia salteña donde las familias Moldes y Gurruchaga, parientes de Frías, tienen un protagonismo estelar.^[45]

La proposición de Frías retoma la galería de caudillos vinculados a la «tiranía» propuesta por Mitre, para sustraer a Güemes de los atributos negativos que lo emparentaban a personalidades como Artigas, Quiroga, Aldao o López. Los intentos de reposicionar la figura de este último, emprendidas por Romero Sosa y Ramón Escala, entre 1937 y 1938, provoca resistencias en «el elemento adverso a las revisiones históricas».^[46] En una carta enviada en 1938 a Reyes Gajardo, Romero Sosa plantea un proyecto historiográfico alternativo a una historia que considera de viejo cuño, lejos de los prejuicios localistas y de la tendencia a enaltecer un limitado número de figuras. El objetivo principal es «destruir la leyenda creada por el unitarismo y sus derivados [y] estudiar a los hombres del federalismo en el norte, apartándose, por cierto, de toda connivencia con ideologías actuales».^[47] Los títulos de las publicaciones de Romero Sosa en los diarios locales confirman, por su parte, el lugar de historiador inquieto y ávido de discusión.^[48]

como parte de los ejércitos realistas está, a su entender, cargada de inexactitudes (Canter 1946, pág. 24).

- [45] En una carta dirigida al canónigo Alfonso Hernández, sostendrá unos años más tarde que Frías «Era sincero pero apasionado. Le faltaba estilo literario. Aferrado a prejuicios era contradictorio, arbitrario, ingenuo, terco». «Carta de Carlos Gregorio Romero Sosa al canónigo doctor Alfonso Hernández, 1944» (Romero Sosa 1946, págs. 24-25).
- [46] Este trabajo, titulado «Relaciones políticas entre Salta y Santa Fe durante la administración de López», es presentado posteriormente en las Jornadas de Estudios Históricos sobre el Brigadier General Don Estanislao López (Santa Fe, 1938). Ese mismo año, Romero Sosa aparece formando parte, además de la Junta, del Instituto Argentino de Estudios Federalistas y de la Sociedad de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (cfr. Canter 1946, pág. 32).
- [47] «Carta de Carlos Romero Sosa a Reyes Gajardo, 1938» (Romero Sosa 1946, págs. 29-30).
- [48] Romero Sosa publica, desde 1935, en los diarios *La Provincia*, *El Pueblo*, *Nueva Época*, *Norte* y *El Intransigente*. En 1936, el diario *La Provincia* publica, en ediciones sucesivas, un artículo de Romero Sosa intitulado «Nuevas corrientes de la historia», en el que recupera aportes teóricos de diversas matrices. La referencia a la Nueva Escuela Histórica le permite sentenciar que la verdadera historia aún no se había escrito. Impulsa así una historia científica, capaz de establecer las causas y las leyes de los hechos y ver el encadenamiento de los acontecimientos, «dejando de lado de lado filosofías pueriles y la citación

La profusión de actividades desarrolladas por la Junta se ve menuada desde la creación, en 1937, del Instituto San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta, bajo la influencia casi personal de Atilio Cornejo^[49] y de Monseñor Roberto Tavella.^[50] Este solicita ese año al general Ricardo Solá,^[51] al presbítero Miguel Ángel Vergara, y a los doctores Arturo Torino y Atilio Cornejo, la confección de los estatutos para la creación de un instituto de Historia, proyectado como una extensión de la tradición de la Iglesia Católica.^[52] A diferencia de la Junta, el Instituto – que funciona en el edificio arzobispal – se encuentra bajo influencia del arzobispo, quien reglamenta su funcionamiento y fija la metodología de incorporación de sus miembros. Los postulantes deben, en adelante, contar con el padrinazgo de dos miembros titulares, certificar su competencia historiográfica mediante una nómina de trabajos realizados y someterse al escrutinio de la Comisión Directiva, que analiza estas facultades mediante la evaluación

pedantesca de documentos y autores que hacen de la historia una verdadera plaga». Romero Sosa, Carlos Gregorio, «Nuevas corrientes de la Historia», diario *La Provincia*, ediciones del 21 al 24/10/1936. Complejo de Archivo y Bibliotecas Históricas de Salta, Hemeroteca.

- [49] Atilio Cornejo (Salta, 1899-1985) es miembro de una de las familias más tradicionales de Salta. Luego de egresar del Colegio Nacional, se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires. Desde los años treinta participa de forma activa en los ámbitos de discusión intelectual. Se convierte en la máxima referencia vinculado al Instituto San Felipe y Santiago, reconociéndose heredero de su maestro Bernardo Frías y cultor de la figura de Güemes. Es designado miembro de la Academia Nacional de la Historia en 1957.
- [50] Roberto José Tavella (Entre Ríos, 1893-Salta, 1983) ocupa la silla arzobispal de Salta entre 1935 y 1983. Desde una formación humanista y nacionalista católica, se concentra en la defensa y promoción de la educación religiosa en todos los niveles, con un discurso que conjuga la defensa de las tradiciones con la doctrina social de la Iglesia y un espíritu patriótico que intenta desbaratar los proyectos secularizadores de los años treinta. Sus líneas de acción se enfocan sobre los lugares de reunión política y divertimento de los trabajadores, por un lado, y los ámbitos de reunión de los intelectuales y de la educación, por el otro (*Colmenares 1973; Seage 1978*).
- [51] Ricardo Solá (Tucumán, 1868-Salta, 1951) es miembro de familias aristocráticas de Salta y Tucumán. Interventor federal de Salta en 1918. Ocupa bancas en el Senado en 1934-1938 y 1938-1942. Fue presidente del Club 20 de febrero entre 1928 y 1930.
- [52] Una vez creado el Instituto, la presidencia recae sobre Ricardo Sola y Cornejo y Vergara ocupan los cargos de vicepresidente y secretario, respectivamente. Integran el conjunto de miembros Carlos Serrey, Rafael Sosa, David Saravia Castro, Julio Torino, Ernesto Miguel Aráoz, Juan Carlos Dávalos, Arturo Torino y Santiago Fleming.

de una monografía histórica, sobre un tema a elección, que puede ser aprobada o desestimada.

El *Boletín* semestral del Instituto, que publica treinta números en su primera etapa, desde 1938 hasta 1960, se arroga, por su parte, la exclusividad de las publicaciones, que deben ser inéditas, intentando atemperar la preponderancia de canales menos formales de circulación, como la prensa. En este contexto, el viraje temático que procesualmente adquiere relevancia es la figura de Martín Miguel de Güemes, hasta convertirse en un eje central de los intereses historiográficos de una parte significativa de los historiadores salteños, particularmente los más cercanos tanto al Estado provincial como a la Iglesia Católica, en consonancia con los usos políticos de dicha figura.

El Instituto San Felipe y Santiago tiene una estructura rígida que se contrapone a las actividades que venía desarrollando la Junta de Estudios Históricos y que irá, con el paso de los años, cristalizando las dinámicas propias del espacio historiográfico local. Creado desde los intereses de la jerarquía eclesiástica y en disputa por el apoyo estatal, el Instituto no recupera prácticas previas de difusión del conocimiento histórico como las conferencias o la publicación de artículos en la prensa local, privilegiando una lógica de claustros, de expertos o iniciados que deben pasar por una serie de pasos para poder pertenecer. Del mismo modo, las redes de vinculaciones previas, amplias y con distintas escalas, se encauzan paulatinamente en un proceso de institucionalización más riguroso y que reproduce las formas de constitución y funcionamiento de la Academia Nacional de la Historia. Así, cuando esta institución, por el impulso de Ricardo Levene, emprenda la tarea de elaborar una *Historia de la Nación argentina* y convoque a los historiadores de las provincias, es el Instituto el ámbito de producción historiográfica reconocido y dos de sus principales miembros son los convocados para escribir los capítulos correspondientes a Salta. Atrás quedan los complejos procesos de construcción de vínculos, de rescate documental, de difusión del conocimiento histórico, que permiten la especialización de la labor historiográfica en la provincia y la participación horizontal y hasta díscola de jóvenes interesados en la historia.

El año 1937 constituye, de este modo, un momento crucial en el desarrollo historiográfico de la provincia. En este año se crean dos instituciones dedicadas al conocimiento histórico que expresan dos procesos diferentes: una, recogiendo un largo camino de especialización e institucionalización, la otra, conformada «desde arriba» y

jerarquizando rápidamente su estructura y su órgano de difusión. Estas instituciones no logran una convivencia pacífica y los historiadores que, durante un breve período de tiempo, pertenecen a ambas pronto abandonan las filas de la Junta para integrar los sitios del Instituto y, de esta manera, se difumina la estructura institucional de la Junta.

Conclusiones

En este capítulo referido a la provincia de Salta, nos propusimos sistematizar las indagaciones previas que venimos realizando, con la finalidad de reconstruir entramados de larga duración que nos permitan una mirada de conjunto sobre el desarrollo historiográfico local. La periodización propuesta busca otorgar inteligibilidad a tres momentos: el de los primeros historiadores y los primeros espacios de sociabilidad intelectual, centrado en la segunda mitad del siglo XIX; el de los procesos de especialización e institucionalización de la primera mitad del siglo XX; y un más lento y tardío proceso de profesionalización que, si bien inicia en la década de 1950, se interrumpe como consecuencia de las dictaduras militares que retrasan la renovación historiográfica hasta fines del siglo XX.

La estrategia metodológica que priorizamos fue no centrar nuestra atención en los momentos fundacionales de las instituciones especializadas, como la Junta de Estudios Históricos y el Instituto San Felipe y Santiago de Estudios Históricos, sino, por el contrario, identificar entramados que recuperen la historicidad de la configuración del espacio historiográfico local. Para ello, el concepto de sociabilidad y de espacios asociativos resulta operativo en tanto nos posibilita la identificación de las primeras asociaciones que delimitan un ámbito de debate y circulación de conocimientos en un espacio intelectual en el que conviven con trayectorias individuales e instituciones más formales como el Colegio Nacional. Esta configuración de fines del siglo XIX y principios del XX se complejiza aún más a partir de la aparición de instituciones formales como el Museo de Fomento que, aprovechando el interés estatal por este tipo de actividades que promuevan el conocimiento de las riquezas y potencialidades de la provincia, conforma secciones en las cuales se configura una densa trama de relaciones y de redes de intercambios intelectuales, de objetos impresos, documentación histórica, materiales arqueológicos pero también de vínculos intelectuales e institucionales que van especializando la labor y los intereses historiográficos.

El análisis en escalas variables nos permite visualizar tramas que revelan nudos de conexiones entre agentes e instituciones locales, regionales y nacionales. En ese sentido, el análisis de la Primera Reunión de Estudios Históricos constituye un evento a partir del cual observar vínculos y redes previos que posibilitan su concreción como también caracterizar los intereses historiográficos y la participación de intelectuales polifacéticos a la par de historiadores preocupados por el método histórico y por la tarea documental. Esta complejidad permanece en la etapa siguiente que delimitamos, en la cual, si bien ya surgen instituciones de formación profesional, eso no implica la desaparición de lógicas previas de producción y difusión del conocimiento histórico y de asociaciones informales.

Por otro lado, también fue objeto de este trabajo analizar cómo se conforman a lo largo del tiempo los intereses historiográficos y advertir la relevancia que adquieren algunos procesos y personajes del pasado local. Las tensiones y polémicas en torno a obras y autores que aparecían como consagrados nos revelan que los esfuerzos para construir la figura de Güemes como máximo héroe local tienen una dinámica propia en el ámbito público de la memoria y la conmemoración vinculada a los rituales políticos del estado, mientras en el ámbito historiográfico esta construcción no es lineal, ni automática y tarda en consolidarse como el gran tema de la historiografía salteña.